

# ACOMPañAR LA TENTACIóN

Darío Mollà, sj.

1. ALGUNAS TENTACIONES EN EL PROCESO DE CRECIMIENTO ESPIRITUAL	
1.1. La <i>pérdida</i> de Dios .....	5
1.2. La tentación <i>oculta</i> .....	6
1.3. «No soy como los demás» .....	8
2. ACOMPañAR A QUIENES ESTÁN TENTADOS	
2.1. La tarea .....	13
2.2. Fortalecer al sujeto de discernimiento .....	14
3. LAS TENTACIONES DE QUIEN ACOMPañA .....	21
NOTAS .....	24

Impreso en papel y cartulina ecológicos • Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • R.  
de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • tel: 93 317 23 38 • fax: 93 317 10 94 •  
info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas, S.L. • ISBN: 84-9730-178-1 •  
Depósito Legal: B-44.550-2007 • ISSN: en trámite • Depósito Legal: B-7493-07  
• Noviembre 2007

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona

El término *tentación* posee una gran variedad de significaciones en la literatura espiritual cristiana. Antiguo como los más antiguos escritos canónicos, presente a lo largo de los siglos y abierto siempre a múltiples sentidos. De todos sus significados, el más adecuado etimológicamente es, con seguridad, aquel que se refiere a la tentación como *prueba*. Sin embargo, el más habitual en el uso cotidiano es aquel que se refiere a la tentación como incitación al mal, al pecado. Pero no son estos los dos únicos sentidos posibles de la palabra *tentación*: junto con ellos, encontramos una pluralidad de significaciones: *resistencia interior, engaños, seducciones, desolación...* Por tanto, lo primero a hacer en esta reflexión es acotar y precisar a cuál de esos posibles sentidos de *tentación* vamos a prestar atención. Lo haremos de inmediato, aunque antes haremos alguna reflexión sobre el hecho mismo de las tentaciones.

«La vida no es más que una tentación multiforme... La condición normal

del cristiano es ser tentado»: estas afirmaciones recogidas en una sencilla y lúcida reflexión sobre las tentaciones de Cristo en el desierto<sup>1</sup>, expresan con claridad meridiana una convicción universal de quienes han abordado el tema de la tentación desde la vertiente de la espiritualidad. El ser humano es un ser tentado y a esa vulnerabilidad de la condición humana no escapa, por supuesto, el cristiano en ninguna de las fases de su proceso espiritual.

Es más. Julián Marías resalta aquello que de positivo y humano, en el mejor sentido de la palabra, tiene el hecho de ser tentado: «La susceptibilidad a las tentaciones me parece un rasgo valioso de las personas: indica sensibilidad, atención a lo real, interés por ello, percepción de los valores, vitalidad interna. La ausencia de tentaciones revela sequedad, pobreza, pusilanimidad, falta de generosidad, cobardía»<sup>2</sup>.

Si asumimos esta convicción universal acerca de la tentación como algo inherente a la condición humana, no hay

que asustarse porque suframos tentaciones. Más bien al contrario, hay que valorarlas positivamente como un elemento de crecimiento personal. San Ignacio de Loyola advierte a quien acompaña Ejercicios Espirituales que no debe preocuparse porque el acompañante esté tentado, sino que, al contrario, cuando debe preocuparse es cuando a lo largo del proceso de los mismos no existen tentaciones<sup>3</sup>.

Los *frutos* de las tentaciones son múltiples cuando son *bien elaboradas* por quien las sufre, y en ese «bien elaborar» las tentaciones es importante el papel del acompañante. Dionisio el Cartujano en su *De remedio tentationum* (1455) se pregunta «¿por qué son útiles las tentaciones»? Y responde: «Nos llevan a luchar, a purificarnos, a ser humildes reconociendo que sólo la gracia de Dios nos libra de modo duradero de nuestra inclinación al mal; nos enseñan a conocernos a nosotros mismos, prueban nuestra fidelidad y nuestra obediencia, permiten el progreso espiritual»<sup>4</sup>. Continuando, siglos después, esa línea de pensamiento François Roustang dice en su *Iniciación a la vida espiritual*: «La tentación no es simplemente consecuencia del pecado y medio de la salvación, no solamente es necesaria para hacernos libres y descubrir la gratitud divina, es mucho más: lugar privilegiado de la unión con Dios»<sup>5</sup>.

La amplitud de significados del término *tentación* obliga, pues, como decíamos al comienzo, a acotar el terreno en el que nos vamos a mover, a precisar de qué tentaciones vamos a hablar,

pues, obviamente es imposible, dentro de los límites de nuestro trabajo, pretender entrar en todos ellos. ¿Con qué criterio acotamos?, ¿por dónde cortamos?. Lo vamos a hacer desde la perspectiva del itinerario o camino de la experiencia espiritual. Nos referiremos, pues, a tentaciones que sufre, de modo particular, la persona que entra en un proceso espiritual de una cierta profundidad y que tienen que ver directamente con dicho proceso. No entraremos, pues, en lo que podríamos llamar el terreno de las tentaciones *morales*.

Dicho esto, es necesario añadir aún un segundo nivel de concreción. De todas las tentaciones que acompañan a un proceso de crecimiento en la vida espiritual, seleccionamos tres: en primer lugar, la tentación del desánimo, del abandono; posteriormente, la tentación llamada *bajo especie de bien*, es decir la tentación de sustituir el camino que Dios nos marca por los atajos que engañosamente nos parecen mejores; finalmente, la tentación de vivir la experiencia espiritual de tal modo que el sujeto se convierte en aquello que el lenguaje evangélico denomina *fariseos*.

Tras una primera parte del trabajo centrada en algunas de las tentaciones, fijaremos la atención, en una segunda parte, en la figura del acompañante: tanto para sugerir algunas indicaciones que tienen que ver con el modo de abordar su tarea, como para apuntar algunas de las tentaciones específicas o propias que él mismo puede *padecer* como tal acompañante, en su labor de acompañamiento.

# 1. ALGUNAS TENTACIONES EN EL PROCESO DE CRECIMIENTO ESPIRITUAL

---

La primera de las tentaciones que abordamos es una tentación que, aún presente en diversos momentos del itinerario espiritual de una persona, tiene especial fuerza tentadora, especial impacto, en los momentos iniciales del proceso de crecimiento espiritual. Y no porque sea más dura e intensa en si misma cuando se presenta en esos tiempos de inicio que cuando aparece en un itinerario espiritual más avanzado, sino porque encuentra a la persona tentada menos prevenida y más débil frente a ella. La he llamado tentación de la *pérdida* de Dios. En el lenguaje de los *Ejercicios* de San Ignacio de Loyola: la persona se siente «como separada de su Criador y Señor»<sup>6</sup>.

## 1.1. La *pérdida* de Dios

La tentación se manifiesta en una sensación, más o menos prolongada en el tiempo, de ausencia de Dios. Muchas veces aparece tras un tiempo de entusiasmo, de luz, de gozo interior, de asumir compromisos vitales de una cierta envergadura, de iniciar un camino espiritual. La tentación provoca que el entusiasmo se enfríe, el seguimiento se haga monótono y pesado, la oración se viva como sequedad, los compromisos se vivan más como carga que como expresiones de una generosidad interior.

De nuevo se experimenta con fuerza la debilidad interior, e incluso tentaciones *morales* que se habían apaciguado rebrotan con nueva fuerza.

Esta es una tentación para siempre, que puede aparecer una y otra vez en el itinerario espiritual: incluso en momentos o personas muy avanzadas en él, que experimentan profundos, largos y dolorosos silencios o noches espirituales. Pero es muy *tentadora*, tiene una especial fuerza en momentos iniciales, precisamente por la sorpresa y el desconcierto que provoca en quien esperaba

que su entrada en el proceso espiritual fuese una especie de *seguro* de bienestar espiritual.

Esta tentación, que tiene mucho del sentido primario de *prueba*, provoca malestar, desconcierto, angustia, dudas sobre si efectivamente vale la pena seguir por el camino empezado o si todo aquello no es más que una ilusión o un esfuerzo imposible para él. Tiende a desanimar, a paralizar y puede llegar incluso a provocar sentimientos de agresividad contra uno mismo, contra aquellas personas o circunstancias que *le metieron en este lío* o contra Dios mismo. Con el paso del tiempo y el progresar en la vida espiritual, los silencios se hacen quizá más espesos, las dudas más hondas y lacerantes, los desánimos más radicales; pero hay un mayor bagaje espiritual con el que afrontar la situación, hay más *reserva* para afrontar la travesía de ese desierto.

Cuando una «prueba» es exterior, viene de fuera, de la vida, de otras personas, incluso cuando es percibida como prueba que envía un Dios al que se siente cercano, cuesta más o menos vencerla, pero uno, luchando contra ella, se siente *héroe* y esa especie de caballero andante que todos llevamos dentro se siente gratificado incluso cuando no sale indemne de la prueba: al fin y al cabo, las heridas que pueda sufrir son heridas de guerra, y las heridas de guerra obtienen reconocimiento y medallas. Pero cuando la prueba es tan interior como la pérdida, la oscuridad y la ausencia del Dios que da sentido, del Dios por el que se ha apostado, la persona no se siente héroe sino engañado, bobo, y a nadie le gusta percibirse como tal.

Esta es, como todas, una tentación dolorosa pero fecunda cuando se supera. Y fecunda precisamente en el terreno en el que se plantea: el de la propia experiencia de Dios: «seguramente se conoce mejor a Dios cuando parece que lo hemos perdido. La presencia es buena porque nutre y sosiega [...] pero corremos el riesgo de adormecernos; mientras que la ausencia, que hace sufrir, acentúa el hambre y la sed, e impulsa hacia delante sin cesar»<sup>7</sup>. Estas palabras traen a la mente la experiencia que hermosamente describe san Juan de la Cruz en su *Poema de la fonte*: «Aquí se está llamando a las criaturas, y de esta agua se hartan, aunque a oscuras porque es de noche»<sup>8</sup>.

Es evidente que la tarea del acompañante en estas situaciones es, básicamente, sostener. Sostener al acompañado en la prueba, una prueba que ha de superar por sí mismo. Sostener no es pelear por él. Sostener es transmitirle aquella honda certeza que Ignacio expresa en los *Ejercicios*: que «el auxilio divino [...] siempre le queda, aunque claramente no lo sienta»<sup>9</sup>.

## 1.2. La tentación *oculta*

«Andamos en la misma tentación y no la entendemos» confesaba Teresa de Jesús en su *Camino de Perfección*<sup>10</sup>: «Hay caminos que parecen rectos, pero, al cabo, son caminos de muerte» (Proverbios 14, 12). No vamos a referirnos ahora tanto a una tentación específica, cuanto a un conjunto y diversidad de situaciones en las que algo que es bueno en sí mismo es, sin embargo, tentación porque es causa de desorien-

tación, desviación, pérdida de rumbo, de una persona en su camino de seguimiento de Jesús. Y quien sufre y cede a estas tentaciones no alcanza a ver su error más que cuando ya ha producido sus efectos perversos.

La persona combatida por esta tentación decide desde su buena fe. Está convencida de hacer las cosas bien e incluso con generosidad y, sin embargo, la decisión que toma le produce un daño espiritual. ¿Qué ha sucedido?. Que ha sido *engañado*. Ha sido introducido, sin darse cuenta, en dinámicas y en modos de hacer y de estar no evangélicos. Criterios no evangélicos, deseos no purificados, protagonismos no evidentes, verdades a medias, mociones no discernidas han perturbado su visión y su decisión. Ha tomado un camino erróneo, cuando pensaba que lo que hacía era para mejorar. Esta tentación *bajo especie de bien* ha sido también abundantemente tratada en la literatura espiritual cristiana desde muy antiguo.

Si la tentación primera que hemos abordado se situaba en el ámbito de la prueba, ésta se sitúa en el ámbito del engaño. *Engaño, mentira*, son términos que toda la tradición cristiana asocia a la tentación y al tentador, el *padre de la mentira*. Uno de los textos bíblicos de referencia sobre la tentación, Génesis 3, está construido sobre una acumulación de mentiras, de modo particular en el diálogo entre la mujer y la serpiente<sup>11</sup>. Obviamente el engaño es tanto más eficaz cuanto mayor es la apariencia de bondad de aquel o de aquello que pretende engañarnos. Las tentaciones de Jesús que presentan los evangelios se sitúan en este ámbito de tentación: el ten-

tador no pretende con ellas que Jesús desista de su misión, sino una manera inadecuada de llevarla adelante. Aparentemente todo será así más eficaz, más fácil, más universal: pero realmente si Jesús hubiera cedido, su misión hubiera quedado tocada de muerte.

Este tipo de tentación es muy peligrosa precisamente por su carácter *oculto*: «Para significar la importancia de la decisión a tomar y la gravedad del error a no cometer, la tradición evangélica no ha tenido empacho en endurecer la tentación y mencionar detrás de esta ilusión espiritual la presencia de Satanás»<sup>12</sup>. Es una tentación particularmente peligrosa por su carácter pluriforme: cualquier realidad, incluso aquellas en principio más santas, pueden ser utilizadas como elemento de engaño y tentador: es conocido que Ignacio de Loyola experimentó la misma oración como elemento tentador en su tiempo de estudios. Nada es, de entrada, descartable como engañoso, todo es necesitado de discernimiento.

Hay engaños más propios de determinadas situaciones (de edad, apostólicas, institucionales ...) y engaños más frecuentes en otras; cada tiempo, cada época histórica, tiene también sus propios engaños. Y el ámbito de los engaños no es sólo en ámbito de los conocimientos, de lo teórico, sino también el de los sentimientos, el de los afectos, el de la propia experiencia espiritual: incluso la misma oración o las *consolaciones* necesitan ser discernidas. Y si hacemos caso a Ignacio de Loyola, cuando mayor y más cierta parece ser la consolución necesita más «ser mucho bien examinada»<sup>13</sup>.

¿No hay un punto de referencia *objetivo*?, ¿hay algo que permita orientarse adecuadamente en el camino de la vida espiritual?, ¿cómo se puede estar seguro, con la certeza y la seguridad siempre limitada que cabe a la condición humana, de seguir el camino de Jesús (*camino, verdad y vida*)?, ¿cuál es el punto de referencia en el horizonte del seguimiento de Jesús de que se está bien situado, evangélicamente situado? Tiene que ver con la pobreza, la humildad, el salir de uno mismo, la cruz: Jesús pobre y humilde, Crucificado: éste es el camino seguro, «como sea la vía que lleva a los hombres a la vida»<sup>14</sup>.

El *fruto*, por hablar así, de afrontar y superar este género de tentaciones tiene que ver básicamente con la madurez evangélica del seguimiento. Madurez en cuanto capacidad de vivir el seguimiento con criterio propio, que es lo mismo que vivir el seguimiento de Jesús y la experiencia espiritual como personas maduras. Evangélica en cuanto proximidad real de nuestro vivir al de Jesús.

Obviamente todo esto tiene su repercusión, e importante, en el acompañamiento y en el acompañante. Nos movemos en un terreno que va a requerir mucha confianza por parte del acompañado y mucha prudencia por parte del acompañante. Confianza del acompañado, entendida no sólo en el sentido de la transparencia, que es el nivel más básico de la misma, sino en el sentido más profundo de *confiarse* a él, y de confiarse cuando el acompañante está diciendo que aquello que el acompañado vive y experimenta como *bueno* no lo es. Eso va a demandar del acompañado que deponga su propio criterio y opi-

nión en favor de la del acompañante, lo cual evidentemente no es fácil de hacer. Ese ejercicio de confianza del acompañado no será suicida para el acompañado si el acompañante es, a un tiempo, lúcido y prudente. Lúcido, antes que nada, consigo mismo y con sus propias tentaciones y engaños pasados y presentes; prudente en escuchar sin juzgar; en valorar lo que escucha sin pretender aplicar recetas preestablecidas, en ser suficientemente delicado al poner al acompañado ante los eventuales engaños que pueda sufrir, en darle los instrumentos adecuados en el momento adecuado para que el acompañado haga su discernimiento.

Del discernimiento diremos algo más en la segunda parte de esta reflexión, pero ya podemos anticipar que esa es, en nuestra opinión, la tarea básica del acompañante a lo largo del proceso del acompañamiento: fortalecer al sujeto de discernimiento.

### 1.3. «No soy como los demás»

La frase pertenece al capítulo 18 de evangelio de Lucas (Lc 18, 11). Jesús la pone en boca de un personaje al que llama el *fariseo*. Al margen de consideraciones históricas sobre la polémica cristiano-farisea en los primeros tiempos del cristianismo, el fariseo que aparece en esta parábola (Lucas 18, 9-14) es, fundamentalmente, un personaje que se gusta a sí mismo: tiene de sí una alta valoración y concepto moral, cumple con exactitud y minuciosidad los mandamientos y las obligaciones legales de su religión, no encuentra pecado del que acusarse, no pide nada porque no tiene



nada que pedir. Altivo ante Dios («de pie»), mientras al publicano no se atreve a levantar, ya no su persona, sino sus ojos, su «te doy gracias», suena a vacío y ficticio. Por encima de los demás en general («no soy como los demás»), de los que parece que nadie está a la altura («ladrones, injustos, adúlteros»), pero superior especial y concretamente de aquel que tiene a su lado («ni tampoco como este cobrador de impuestos»), por más que le ve no en la mesa de los impuestos, sino en el templo, no extorsionando al pueblo sino en oración y pidiendo la misericordia de Dios. Jesús dice que el publicano encontró la misericordia de Dios que pedía («se fue perdonado»), pero ciertamente no la encontró el fariseo....

No nos resulta desconocido el personaje, no ya en el texto evangélico, sino en la vida cotidiana. Lo encontramos muchas veces en ámbitos religiosos. Con demasiada frecuencia. No es, en absoluto, un personaje de ficción o del pasado. Cuando se le encuentra en el acompañamiento, normalmente se pasa mal con él, es una de las situaciones más difíciles de acompañar. En el fondo, hace acompañamiento no por deseo o porque sienta necesidad de hacerlo, sino porque es una más de las cosas que el código marca que hay que hacer. No busca orientación, cuestionamiento, guía: busca el aplauso y la admiración del acompañante; no parece necesitar lo primero y está ávido de lo segundo. Y, además, tampoco sus acompañantes están a la altura, a su altura: se lo hace saber y sentir a veces de formas muy sutiles: él siempre está más allá.

Desde la constatación de la frecuencia del fenómeno del fariseísmo en los ámbitos religiosos, es lógico preguntarse ¿por qué sucede eso?, ¿por qué sucede tantas veces?. ¿Qué dinámica provoca que la experiencia religiosa se pervierta, y con una cierta frecuencia, de modo tan brutal y en personas que se supone especialmente avisadas de ello?. Nos ayudará una breve reflexión al respecto, tanto en cuanto simples creyentes como desde nuestro servicio de acompañantes. Aporto unos sencillos elementos del proceso.

Creo que, en estas situaciones, la experiencia espiritual se ha *cosificado*, se ha hecho *cosa* más que *relación*. La esencia de la experiencia espiritual cristiana es la relación con un Tú, que nos ha encontrado, al que hemos descubierto como fuente de vida, por el que nos sentimos amados y con el que, a partir de todo esto, entramos en una relación personal. Experiencia hecha de gratitud y de entrega generosa, pero también de pecado y misericordia; de plenitud y de sombras, de presencias que nutren y de ausencias que duelen. Pero lo que sucede en estas situaciones *farisaicas* es que la dimensión relación se oscurece, se diluye, mengua... y en su lugar se *cosifican* elementos nacidos muchos de ellos en esa relación, y la experiencia espiritual va centrándose en ellos. ¿Qué es lo que se *cosifica*?: normas, prácticas (incluso las más piadosas), ideas, compromisos... La vida espiritual ya no tiene como centro la relación (con Otro y con otros), sino aquello que se ha *cosificado*. Es ya el punto de referencia, el horizonte de fidelidad: ya no se es fiel tan-

to a Dios, cuanto a las normas, las prácticas, las ideas, los compromisos.... La misma oración deja de ser espacio de relación y pasa a ser espacio de autocontemplación, de *medida*, de afirmación en nosotros mismos.... No le damos gracias a El por ser como es y por amarnos, ni por los otros que nos aman y a quienes debemos amar: le damos gracias por nosotros mismos, por ser como somos: *te doy gracias por como soy*.

El fariseo no encuentra pecado en sí mismo, porque, claro, cumple sus códigos (religiosos, sociales, ideológicos....) y cuando no, los adapta, interpreta o matiza con cientos de excepciones y matices que, obviamente, son válidos para él mismo, teniendo en cuenta las mil circunstancias de la vida, pero no lo son para los demás. El pecado ya no es la quiebra o el deterioro de una relación, sino la mancha en la propia imagen, en la apariencia exterior... El fariseo no necesita el perdón de nadie: se basta él para justificarse a sí mismo o el esfuerzo de su voluntad para que, de nuevo, la norma, la idea, la práctica le salve.

Lo que es cosa, se puede *poseer*. Los fariseos se convierten poco a poco de *deudores* (deudores al otro somos en toda relación) en propietarios. Pasan paulatinamente de la vulnerabilidad (en toda relación somos vulnerables) a la seguridad, a sentirse seguros y poner su seguridad en aquello que poseen y controlan. La experiencia espiritual va dejando de ser un don y va convirtiéndose en una riqueza. Si nuestra vivencia básica es la de deudores o la de vulnerables, nos sentimos cercanos a la mayoría de la comunidad humana; pero si es la de propietarios ya no tanto:

es claro que unos tienen y otros no, y que la mayoría no tienen. Somos ya de la minoría privilegiada que tiene: estamos por encima de muchos en *bienes* espirituales. Nos *apropiamos* de la experiencia espiritual. Primero la *cosificamos*, y una vez cosificada la aprehendemos, nos constituimos en sus propietarios.

Es obvio que ese apropiarse sitúa de manera distinta ante Dios y ante los demás. Dios va siendo menos necesario (aunque su nombre o sus fórmulas no se caigan de los labios: es parte de las prácticas adquiridas); en la relación y en la oración se impone la fórmula al sentimiento, lo formal a lo verdadero. Se es mucho más *rezador* que *orante*. Los demás van siendo también observados desde la óptica de la posesión: los que tienen y los que no tienen, los que tienen más que yo o los que tienen menos que yo, los que me pueden dar algo y los que no.

Si desaparece la relación de la experiencia espiritual, si desaparece el Tu y los otros, el espacio vacío va siendo ocupado de un modo constante e implacable por el yo, por el ego, por muy *espiritual* que ese *ego* sea. Se cumple así aquella antigua promesa contenida en la primera y prototípica tentación: «La serpiente le dijo... Seréis como dioses» (Génesis 3, 4). Tu ego será tu Dios.

Ante esta situación, ¿cómo acompañar?, ¿qué se puede hacer? Pues, la verdad, es difícil actuar, porque el acompañante no encuentra demasiados resquicios para intervenir. De entrada, va a ser necesaria paciencia y humildad: paciencia para esperar el momento o la ocasión en que alguna circunstancia,

más o menos imprevisible, ponga en cuestión tanta seguridad; humildad para permanecer sin ser escuchado, sin saber qué hacer, soportando exhibiciones del ego. Ayudará una especial agudeza para confrontar a este acompañado con sus contradicciones, confrontación en la que muchas veces no va a entrar. Toda sugerencia de medios, situaciones, relaciones

que laminen ese yo ensoberbecido puede ser útil; actividades o propuestas sencillas que le saquen de sí mismo. Quizá más que actuar el acompañante directamente, se tratará de propiciar situaciones que le pongan en cuestión.... Y orar mucho para que Dios se haga presente con su infinita capacidad de *confundir amorosamente* a quienes no deja de amar.



## 2. ACOMPAÑAR A QUIENES ESTÁN TENTADOS

---

Obviamente, una de las tareas básicas en el acompañamiento espiritual es acompañar las tentaciones y a las personas en situación de tentación. Vamos a hacer algunas reflexiones sobre qué supone este acompañamiento, dando por supuestos elementos básicos del acompañamiento espiritual, y centrándonos en cuestiones específicas que tienen que ver, básicamente, con las tentaciones que hemos detallado.

### 2.1. La tarea

No hará falta insistir a la altura que estamos en esta reflexión, que en el acompañamiento de aquellos que son tentados por las tentaciones que hemos señalado, y por cualquier otra en general, la tarea más importante del acompañante no es dar respuestas moralizantes que, quizá a corto plazo pueden ser tranquilizadoras, pero que no resuelven casi nada a largo plazo. Como ya he insinuado antes brevemente, la tarea básica del acompañante es, a medio y largo plazo, ayudar a la formación de un sujeto cristiano maduro. Un sujeto cristiano maduro que, como tal y por ello, sea capaz de afrontar y elaborar posi-

vamente sus tentaciones. Ello no elimina la necesidad, como ya hemos visto, de apoyos y ayudas puntuales.

¿Y qué define la madurez del sujeto cristiano?. En mi opinión, hay dos elementos básicos que hacen maduro/a a un cristiano/a: por una parte, la integración de las diversas facetas de su vida y persona; en segundo lugar, la capacidad de discernimiento. La integración de los diversos niveles de la persona y de la vida humana en una unidad de visión y de acción y, además, la capacidad de discernir, o sea de situar su vida, y situarse a sí mismo, con criterio propio, en el proyecto de Dios para el mundo y en el momento concreto en que vive. Obviamen-

te, ambos elementos interactúan. Ayudar a crecer al sujeto en madurez personal y cristiana es la tarea relevante que el acompañante puede y debe hacer para que la persona acompañada sea lúcida y fuerte ante sus tentaciones.

Julián Marías, en el artículo mencionado anteriormente, dice: «La existencia de un *terminus ad quem*, de algo a lo que se aspira, hacia lo cual se tiende, es el gran factor de unificación, el que mantiene, hasta el final, la coherencia de la vida»<sup>15</sup>. El acompañante debe propiciar que su acompañado trabaje aquellos elementos que ayudan a vivir la vida integradamente, y estimularle a hacer lecturas integradoras de la realidad multiforme de su persona y su vida. Debe cuidar que sus vivencias espirituales no ignoren o funcionen de modo paralelo a las cuestiones que su persona o su vida le plantean, y le debe estimular a emplear el tiempo y el esfuerzo necesario en integrar: debe hacer lo posible por impedir que el acompañado se escape de la vida, o de sus problemas, por *elevación o mistificación*, y urgirle a que su experiencia espiritual soporte las preguntas que sea necesario soportar. Y en el acompañamiento espiritual, y por *espiritual* precisamente, debe hablar de la vida, y de lo cotidiano de la vida. Para un acompañamiento *integrador* tan importante es conocer y valorar lo que el acompañado hace en su tiempo de descanso u ocio, como en su tiempo de oración; tan importante es escuchar sus opiniones sobre aquellos con quienes convive, como sus «descubrimientos» acerca de la experiencia espiritual; tan importante es valorar los criterios que utiliza en su vida laboral o económica,

como los que aplica al uso de su sexualidad o a sus relaciones afectivas.

## 2.2. Fortalecer al sujeto de discernimiento

Fortalecer, ayudar a crecer, el sujeto de discernimiento es la segunda faceta de la tarea que proponemos para el acompañante. Vamos a detenernos algo más en este aspecto. Y lo vamos a hacer desde una perspectiva *dinámica*, y muy centrada en el acompañamiento y la actividad del acompañante. No se va a tratar en las páginas siguientes de *describir* las características básicas o esenciales de un sujeto de discernimiento, sino de notar aspectos a cuidar en la vida y el crecimiento de la persona como sujeto de discernimiento, y de sugerir pautas de acción para el acompañamiento de este proceso. De ellas, unas se referirán a la acción en la relación misma acompañante-acompañado; otras a otros elementos de la vida del acompañado que condicionan, en positivo o en negativo, su crecimiento como sujeto de discernimiento. El acompañante no sólo ejerce su *oficio* cuando habla con el acompañado, sino en las propuestas que le hace sobre su vida misma y en el seguimiento y evaluación del impacto espiritual que ellas provocan. He aquí algunas de estas pautas para acompañar el crecimiento de un auténtico sujeto de discernimiento.

### 2.2.1. Ayudar a mantener como “amorosa” la relación Dios-acompañado

¡Tantas cosas quiero expresar con este enunciado!, ¡a tantas historias y experiencias concretas me estoy refi-

riendo! Enunciado que no debemos dar nunca por obvio, por supuesto, de revisión innecesaria; y menos aún cuando más tiempo se lleva en la vida cristiana. La relación con Dios, auténtica cuando es relación de amor, con toda la frescura, el entusiasmo, la hondura, la entrega que el amor auténtico supone, puede rutinizarse, cosificarse, enfriarse, convertirse en pura palabra y palabrería, incluso la palabrería del rezo o de la fórmula litúrgica, o la rutina de las buenas costumbres. Hay que cuidar el amor, más allá de las etapas, en cada etapa de la vida: porque, como en amor humano, en cada etapa se ama de modo distinto: pero se ha de amar. No ama igual el que comienza, el que esta pasando la fase primera, llena de descubrimiento y de entusiasmo, que quien ha experimentado ya muchas veces hasta qué punto nosotros somos más infieles de lo que nunca pensamos y Dios más fiel de lo que nunca merecimos. El joven y el anciano aman de distinto modo, pero ambos pueden amar y hacer del amor su motivación honda y última en la vida. Y de eso se trata.

Es hablando de amor que tiene sentido hablar de discernimiento; fuera del amor, el supuesto *discernimiento* no sería más que un ejercicio artificioso, cabalístico, cargante y a la postre inútil, y me atrevo a decir que imposible en su verdad. Porque el discernimiento, el verdadero, es un movimiento del amor: es el amor mismo que busca amar más, amar mejor, amar hasta el detalle, amar identificándose con aquel a quien se ama. Por eso cuidar el amor es cuidar el corazón del discernimien-

to; cuidar el que esté vivo, operante, es cuidar el deseo del discernimiento. Si no se ama, ¿para qué discernir?... Discernir es mucho más que aplicar leyes y fórmulas, es mucho más que casuística y cálculo: su finalidad no es *acertar*, sino *más amar y servir*; no se trata de llegar al punto exacto, sino de, en la medida de nuestros límites pero también de la confianza en la gracia que nos es dada, desbordar, ir más allá...

A medida que avanzamos en la vida, ese mantener vivo el amor se juega, en gran medida, en la experiencia de la misericordia, en la capacidad de afrontar, cara a cara con Jesús Crucificado, el propio pecado. Porque el amor de Dios en la historia del mundo, y en nuestra propia historia, tiene el nombre de misericordia, ya que es amor a pecadores y no a ángeles o a seres puros o perfectos. Afrontar nuestro pecado cara a cara con Jesús no es, obviamente, ignorar, eludir, recubrirlo con cualquier manto (ideológico o psicológico); pero es también acercarnos a él no desde nosotros mismos o nuestro juicio o sólo nuestra conciencia, sino desde la mirada de Jesús sobre nuestra realidad, sobre nuestras personas. Sin esta experiencia de la misericordia, en la relación entre Dios y el hombre, no es auténtica ni plena la experiencia del amor. Es ante Jesús Crucificado, en la mirada del pecador al Crucificado, donde San Ignacio plantea en sus *Ejercicios* el arranque del discernimiento<sup>16</sup>.

Para ayudar al acompañado en este objetivo, el acompañante debe prestar especial atención a la vida de oración

de la persona a la que acompaña. La tarea va más allá de la verificación puntual que la persona ora y de la frecuencia con la que lo hace: se trata también de ver la conexión honda que, en fondo y en forma, hay entre la vida de la persona y su oración. Importa verificar no sólo la cantidad de oración, sino la calidad de la misma: cómo esa oración alimenta una relación auténticamente personal con Dios y sirve para mantener encendida la llama del amor. El acompañante debe ayudar a una oración afectiva, expresión auténtica de deseos, temores, ilusiones, preocupaciones: una oración adecuada a la persona, y al momento que la persona vive. La oración debe ir acompasada con el crecimiento de la persona y con los diversos avatares de dicho proceso, y suele pasar que el acompañado o se desconcierta por los cambios que la vida impone a la oración o se resiste a ellos.

Junto con ello, acompañar significa también ayudar a la persona a enfrentar su propio pecado. Eso no se identifica con *confesar* sacramentalmente al acompañado, que será procedente o no según los casos, y que, en cualquier caso, no tiene por qué ir necesariamente asociado al acompañamiento. Pero conviene no engañarse: no es fácil vivir evangélicamente la experiencia del mal en uno mismo, y menos aún si se quiere elaborar en solitario. No ayudará a las personas un acompañamiento en el que esta cuestión se elude o se obvia. Porque un amor que pasara por encima o ignorara la experiencia de pecado tendría mucho de *virtual* y un amor que no redimiera la experiencia

del propio pecado se acerca más al amor propio que al de Jesús.

### 2.2.2. Ayudar a trabajar la dimensión «cotidiana» del discernimiento

El fortalecimiento y crecimiento del sujeto de discernimiento tiene que ver, naturalmente, con el ejercicio cotidiano del mismo. Estamos hablando, en términos ignacianos, de trabajar el *examen*, la dimensión *examen* en la vida interior. Este ejercicio cotidiano del discernimiento es el decisivo, el determinante, y la condición *sine qua non* para que sea posible de verdad, cuando sea necesario, un discernimiento puntual, concreto, más solemne... Porque ¿cómo va a ser posible que alguien que no ejercita el discernimiento en el día a día sea capaz de un discernimiento real y efectivo en cuestiones más delicadas y trascendentes y en condiciones temporales más difíciles o acotadas?. Sería como pedir a alguien que nunca hace ejercicio físico que, de repente, corra la maratón...

El *examen* es, a un tiempo, una actitud y un ejercicio de atención: ir por la vida observando, fijándonos, atentos al detalle... para captar la presencia de Dios y nuestra respuesta a El. Sabiendo captar aquello que sucede alrededor nuestro y el sentido que tiene; y también las repercusiones internas de todo ello. Como en todo ejercicio, cuanto más lo ejercitamos, más calidad tiene nuestra práctica: si no ejercitamos la atención, cada vez somos más dispersos o más superficiales en nuestras observaciones. Si no *examinamos* llegaremos a pensar que no sucede nada, cuando lo que pa-



sa es que no nos enteramos de aquello que sucede.

Este discernimiento cotidiano es indispensable ante los *engaños* y *autoengaños* tan frecuentes que sufrimos en la vida humana y cristiana. Engaños tanto intelectuales como afectivos, que pervierten nuestras decisiones y nuestros modos de estar en la vida, sin que muchas veces nos percatemos de ello, o nos percatemos a tiempo. El *examen* mantiene viva la conciencia sobre la posibilidad de que esos engaños se produzcan, nos da un autoconocimiento creciente de las dinámicas personales con las que nos engañamos y nos hace estar abiertos a la interpelación exterior que tantas veces es necesaria para sacarnos de nuestras falsas percepciones y/o sueños...

Pienso que en este ámbito del discernimiento cotidiano se sitúa una de las tareas básicas del acompañante espiritual, especialmente cuando ya va habiendo una cierta *veteranía* en el camino del seguimiento. El acompañante debe constatar cómo se va haciendo el *examen* y qué es lo que se va detectando en él, debe ayudar a formular y expresar todo el complejo mundo de la interioridad con veracidad y sin miedos, llamando a las cosas por su nombre, porque esa es la primera manera de afrontarlas<sup>17</sup>; y esa formulación no es fácil de hacer o precisar muchas veces para quien sufre las tentaciones o engaños. El acompañante debe también ayudar a contrastar las *intenciones* con las *acciones* y *operaciones*, por decirlo con lenguaje ignaciano...

Todo ello implica que el acompañante debe utilizar como material para su tarea no sólo aquellos datos que el

acompañado expresa y verbalmente le comunique, sino también aquellos que él perciba en sus contactos personales o aquellos a los que tenga acceso desde una observación normal y atenta (obviamente, no se trata de convertirse en detective o investigador privado), o de informaciones que le lleguen. Para el acompañamiento *hablan* tanto los datos interiores como los exteriores, aquellos que tiene que ver con el modo de vivir, de relacionarse, de situarse del acompañado<sup>18</sup>.

### 2.2.3. Ayudar a «objetivar» los procesos personales de discernimiento

Los procesos de discernimiento personales necesitan ser *objetivados*, estar hechos y ser situados en marcos *objetivos*, más allá de la propia subjetividad. La madurez del sujeto de discernimiento tiene que ver también con la naturalidad y el rigor con que la persona capta y se sitúa ella misma y sus discernimientos en esos ámbitos de objetividad. Sólo el adolescente piensa que está sólo en el mundo, o el inmaduro que nada ni nadie condiciona su decisión, o el prepotente y/o engañado que el mundo comienza o acaba con él. El discernimiento cristiano sólo será tal si se sitúa en un determinado ámbito, el del seguimiento de Jesús, el del evangelio. ¿Cuáles son los límites, el marco, de un discernimiento auténticamente cristiano?

Me atrevo a proponer como ámbito adecuado de un discernimiento evangélico el resultante de aplicar tres *condiciones* que San Ignacio de Loyola plantea en los *Ejercicios Espirituales* para su modelo de discernimiento y que pode-

mos sintetizar en tres frases de los mismos. La primera, en el nº 63, cuando nos hace «pedir conocimiento del mundo»; la segunda, en el nº 135, cuando dice que comenzaremos a discernir «juntamente contemplando su vida» (la de Jesús); la tercera, en el nº 170, cuando afirma que queremos hacer elección de cosas «que militen dentro de la santa madre Iglesia».

El discernimiento cristiano supone *conocimiento del mundo*. No se hace, pues, en el vacío, o en un mundo ficticio o real, o en el mundo que yo me he creado, o en el que me gustaría que fuera, o en el mundo limitado de yo y mis amigos, o desde el error de pensar que mi mundo es el mundo... Conocimiento del mundo, que es gracia a pedir... Y del mundo tal como se ve a los pies del Crucificado, coloquiando con el Crucificado, porque es en ese contexto en el que Ignacio incluye esa petición. Decíamos en páginas anteriores que en el diálogo de amistad con el Crucificado sitúa Ignacio el arranque del discernimiento cristiano: «lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo»<sup>19</sup>; preguntas que se hacen, y se responden, mirando la verdad del mundo, pidiendo *conocimiento del mundo*, de su realidad, desde la óptica que nos da la vinculación afectiva y efectiva con el Crucificado y los crucificados junto a El.

El discernimiento cristiano tiene como otro elemento objetivador la contemplación de la persona de Jesús. El es la voluntad de Dios, el proyecto de Dios para el mundo en lo que hace y en el modo de hacerlo. Por eso Ignacio quiere que el discernimiento se haga «contem-

plando» a Jesús: y al Jesús histórico, concreto, que presentan los evangelios. Contemplar no es sólo mirar; es dejarse tocar, dejarse contagiar por Jesús, ponerse tan cerca que nuestra sensibilidad quede afectada en el contacto con El, y decidir entonces desde una sensibilidad *afectada*. *Juntamente*: discernir en cristiano no puede ser muy distinto ni estar muy alejado del verle a El cerca, del dejarse alcanzar por Jesús. El discernir cristiano no es sólo reflexionar, pensar, sopesar razones, deliberar pros y contras....: es quizá algo de todo eso, pero no llega a ser discernimiento si no se hace *juntamente* contemplando.

Finalmente, hay otro elemento importante que, para San Ignacio, enmarca un discernimiento que quiera ser cristiano: la voluntad de comunión con la Iglesia. Creo que esa es la preocupación mayor del autor de los *Ejercicios* cuando enfrenta a la persona con el tema de la Iglesia: que viva en comunión con ella, en vinculación afectiva con ella<sup>20</sup>. Más que una preocupación estricta de ortodoxia o de ajuste moral, que también. Se apunta pues, a decidir, en comunión con la Iglesia y para hacer crecer la comunión de otros con la Iglesia: no puede faltar esa preocupación en un discernimiento cristiano maduro, porque si antes decíamos que no hay madurez en quien piensa que decide en solitario o pensando sólo en sí mismo, tampoco hay madurez cristiana o evangélica en quien pretenda organizar su vida de fe y de respuesta a la fe prescindiendo de la comunión con la Iglesia.

Es misión del acompañante ayudar a objetivar a la persona que discierne. Y creo que después de lo dicho podemos

situar esta misión *objetivadora* en su verdadera dimensión. En lo que no es, y en lo que sí que es, al menos en el contexto del discernimiento cristiano. El acompañante no es meramente un *objetivador* desde un punto de vista psicológico (o al menos no sola ni principalmente eso). Creo que su tarea es mucho más ambiciosa, y la sintetizo en dos labores fundamentales:

a) La primera, ayudar a la presencia efectiva y habitual de esos elementos *objetivadores* en la vida cotidiana de la persona acompañada. Que estén presentes en la vida de la personas y en sus decisiones, y que también lo estén en la intención última de quien va a discernir. Esto último tiene mucho que ver con la llamada *pureza de intención*: que el seguimiento cercano de Jesús y el deseo de comunión eclesial sean los horizontes que marquen las búsquedas personales.

b) Ayudar concretamente a la persona acompañada a salir de su/s mundo/s al mundo real..., al mundo que se ve des-

de la Cruz; irle dando pautas de contemplación y elementos de ayuda para que su oración y su vida sean cada vez más contemplativas: potenciar en él las dinámicas y los movimientos de comunión eclesial, especialmente cuando, por las circunstancias que sea, esta comunión se haga más difícil...

Con todo lo que acabamos de exponer vamos contribuyendo a la maduración y el fortalecimiento del sujeto cristiano y, le vamos haciendo más capaz de ir afrontando las diversas tentaciones y dificultades que plantea la vida en el seguimiento del Señor. Esta actuación de fondo no evitará que en momentos puntuales la persona necesite, y el acompañante le deba dar, apoyos y ayudas concretas. Pero no perdemos de vista lo que a la larga importa: contribuir al crecimiento de cristianos/as más maduros, más fuertes y menos dependientes... No menos amenazados por la tentación, pero sí menos vulnerables ante ella...



### 3. LAS “TENTACIONES” DE QUIEN ACOMPAÑA

---

Acabaremos esta reflexión con una sencilla y breve alusión a algunas de las tentaciones de quien acompaña. Hablaremos, obviamente, de tentaciones específicas del acompañamiento. El acompañante como cristiano ordinario está sometido a las mismas tentaciones que cualquier cristiano y, en concreto, a las que hemos expuesto anteriormente; la reflexión sobre sus propias tentaciones y la experiencia sobre cómo las ha afrontado le pueden ser de enorme utilidad personal y en el ejercicio del acompañamiento, siempre y cuando entienda, con un exigible sentido común, que cada persona es cada persona y que no necesariamente los remedios que le han ido bien a él les van a ser útiles a los demás. Si embargo, ahora vamos a referirnos a tentaciones que amenazan al acompañante en el ejercicio mismo de su tarea de acompañamiento.

Nos sirve de punto de partida una reflexión que la madre María Skobtsov hace en su libro *El sacramento del hermano*<sup>21</sup>. Hablando de ayudar al prójimo en el nivel espiritual, y precisamente refiriéndose a la ayuda en la lucha interior que cada persona tiene que afrontar, dice lo siguiente: «Podrá convertirse en instrumento de Dios... pero con tres condiciones. Primera: que

ponga en Dios, y no es si mismo, toda su esperanza. Después, que se despoje de todo deseo interesado. Por último, que a ejemplo de David, se quite su armadura y se lance al combate contra Goliat con el nombre del Señor como única arma»<sup>22</sup>. Con estas palabras apunta no a unas técnicas u otras, sino a un modo de ser y estar, del que derivan unas actitudes de fondo que hacen

posible que su acción sea auténtica ayuda.

### 3.1. Poner en Dios “toda” su esperanza

De verdad, toda; porque el terreno en el que nos movemos es muy íntimo y muy radical. Este «poner en Dios toda su esperanza» debe conducir, de hecho, a eliminar ansiedades propias y tensión proyectada sobre el otro. La victoria del acompañado sobre la tentación no es la victoria del acompañante, y, a la inversa, la derrota del acompañado no es la derrota del acompañante. La pericia o experiencia de quien acompaña no asegura el triunfo, ni el fracaso del acompañado es un juicio sobre la calidad del acompañantes. La cosa es mucho más compleja. Estamos en un *espacio* donde confluyen en interacción el Misterio de Dios y el misterio de cada persona. Nada empieza ni nada acaba con la intervención de quien acompaña. Obviamente éste ha de poner todo cuanto esté en su mano y saber para ayudar al otro a superar lo que entienda que es una tentación y un peligro para su vida espiritual. Pero el destino de cada persona, y no sólo el destino, sino los tiempos del mismo, están en las manos de Dios..., de un Dios que le quiere infinitamente más que el acompañante.

Es, pues, tentación del acompañante pensar que todo depende de él, vivir el proceso del acompañado como un juicio a su tarea, hacer de las victorias (siempre parciales, no lo olvidemos...) del acompañado su mérito o triunfo, y de las caídas su descalificación o fracaso.

### 3.2. «Que se despoje de todo deseo interesado»

La tentación es, evidentemente, un momento de vulnerabilidad y debilidad de la persona acompañada. Y esos momentos son especialmente propicios para generar o aumentar o profundizar todo tipo de dependencias y sumisiones, sea acentuando la conciencia de debilidad, impotencia o indigencia del acompañado sea reforzando los elementos de *autoridad* del acompañante. Es en estos momentos cuando más atento debe estar el acompañante a no convertir el acompañamiento en ninguna forma de dependencia.

La situación de tentación del acompañado es también ocasión de una tentación de desánimo para el acompañante, sobre todo si la situación del acompañado persiste o se agrava, o si de, algún modo, se palpa la inutilidad, por la razón que sea, de sus consejos y con ella su impotencia. Es momento entonces de actualizar y renovar la gratuidad y el desinterés de un servicio que no necesita del éxito para validarse. Sucede algunas veces que cuando el acompañante tiene menos ganas de *perder* tiempo con el acompañado es cuando éste más le necesita.

### 3.3. «Con el nombre del Señor como única arma»

Es decir, pelear sólo con las *armas* del Señor. Que son la palabra de vida, que sin embargo puede ser desoída; el respeto a la libertad que, por no impuesta, puede ser rechazada; el servicio humilde susceptible de ser despre-

ciado o el amor que puede ser incomprendido.

Existe también la tentación de la *contundencia*: de asegurar unos medios que, con carácter impositivo o coactivo, le *saquen* de la tentación o se la *eviten*. Se puede conseguir entonces una victoria bastante aparente o pírrica en términos de humanidad o madurez, que incluso puede dejar satisfechas a ambas partes en un primer momento, pero que suele ser inestable, de corto

alcance o enormemente gravosa. Es, quizá, otro de los engaños bajo especie de bien... que evidencia, en el fondo, muy poca fe en Dios o en la persona a la que se acompaña.

Sólo se trata de ser instrumentos de un Dios que en su amor ha querido ser débil ante la libertad humana, y cuyo *poder* no es otro que el misterioso poder de un amor tan vulnerable como un Crucificado y tan salvador como el Resucitado.

1. Laurent LEMOINE, o.p. «La tentación du Christ au désert», *La Vie spirituelle*, 757 (marzo, 2005), pág. 103-107.
2. Julián MARIAS: «Las tentaciones y la vulnerabilidad», *Humanitas*, 19.
3. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, n. 6.
4. «Tentation», *Dictionnaire de Spiritualité*, art. 238.
5. François ROUSTANG: *Une initiation à la vie spirituelle*, París, Desclée de Brouwer, col. Christus, 10, 1963, pág. 148.
6. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios...*, n. 317.
7. ROUSTANG, *Une initiation...*, pág. 149.
8. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Poema de la fonte*.
9. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios...* n. 320.
10. SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de Perfección*, XXXVIII, 2.
11. Rafael de SIVATTE y Oriol TUÑÍ, *Biblia y ejercicios espirituales*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, EIDES, 39, 2004, pág. 11.
12. *Dictionnaire...*, art. cit. pág. 213.
13. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios...*, n. 336.
14. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Constituciones de la Compañía de Jesús*, n. 101.
15. MARIAS, «Las tentaciones...».
16. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios...*, n. 53.
17. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios...*, n. 326.
18. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios...*, n. 56.
19. SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios...*, n. 53.
20. Ver las “Reglas” ignacianas para sentir “en” la Iglesia.
21. Madre María SKOBTISOV, *El Sacramento del Hermano*, Salamanca, Sígueme, col. Ichthys, 26, 2004.
22. SKOBTISOV, *El Sacramento...*, pág. 79.